Cristianismo y Economía de Mercado

# Venerable síntesis liberal: los Diez Mandamientos

## CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

## VENERABLE SÍNTESIS LIBERAL: LOS DIEZ MANDAMIENTOS





© 2020 Carlos Rodríguez Braun

© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Nicaragua 17 • local • 28016 Madrid

Tel.: 91 350 02 28

Correo: editorial@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

© 2020 Centro Diego de Covarrubias Correo: info@centrocovarrubias.org www.centrocovarrubias.org

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L. Impreso en España • *Printed in Spain* 

### Colección Cuadernos

## PEQUEÑAS GRANDES OBRAS

El Centro Diego de Covarrubias está empeñado en diseminar textos que presenten las realidades, logros y propuestas del Cristianismo y el Liberalismo, en su histórica función vertebradora de la vida social. Va en nuestra condición y en ello estamos. Y lo estamos tanto más cuanto mayor sea la injerencia del Estado en la vida de personas y empresas en una sociedad cada vez más acosada por administraciones superpuestas y grupos de presión que persiguen ahormar las libertades a sus preferencias. Es lo suyo y es lo nuestro. De ahí la propia existencia de la Colección Cristianismo y Economía de mercado, ya bien conocida.

En esa línea de defensa de la libertad, hemos pensado en traer a la palestra una nueva línea de publicaciones. Se trata de recoger algunas cortas manifestaciones que, por su poca longitud, se ven marginadas de los textos formales al uso, pero que por su enjundia e interés conviene sean presentadas como se merecen. Son artículos de una cierta longitud, transcripciones de discursos y conferencias, prólogos de obras de terceros, resúmenes de textos fundamentales pero difíciles, recensiones de otras obras de mucha mayor extensión... No importa su origen o formato inicial, su factor común es la calidad, la trascendencia y el impacto que las acompaña.

Queremos que esas manifestaciones próximas al conjunto de ideas que nos son propias sean elevadas al rango de lo imperecedero. Y la mejor forma de hacerlo, a nuestro juicio, es publicándolas en forma de librillo, opúsculo, cuaderno, panfleto o comoquiera prefiramos llamar a nuestra iniciativa. Así, estas breves obras, algunas de las cuales merecen ser calificadas de maestras, permanecerán más fácilmente entre nosotros y llegarán a más lectores. De otra forma, su alcance sería menor y perderíamos mimbres de nuestro acervo cultural.

Esperamos y deseamos que la lectura de estos pequeños libros os sea satisfactoria y deje en vuestra memoria el poso de conocimiento que por su valor se han ganado. Así sea.

Centro Diego de Covarrubias

Estoy muy agradecido al Centro Diego de Covarrubias por este galardón, y también me siento abrumado por la responsabilidad de recibirlo después de dos personas que respeto y admiro tanto como Juan Velarde y Dalmacio Negro, aquí presentes.\* Muchas gracias por estar aquí, y muchas gracias por ser maestros en la defensa de las ideas que animan este Centro, a saber, la compatibilidad entre los valores cristianos y los valores liberales, a pesar de los muchos desencuentros que han marcado la relación entre Iglesia y liberalismo a lo largo de los siglos, o milenios, hasta hoy.

Cuando pensaba en las palabras que iba a pronunciar hoy, pensaba en esa historia, y en las responsabilidades que tuvieron tantos liberales al haber contribuido a envenenar la relación entre liberalismo y cristianismo. Algo comentaré después sobre este asunto más en detalle, pero, como digo, pensaba en esa historia y se me ocurrió ir al principio, y subrayar que no hay síntesis liberal más venerable que los Diez Mandamientos, prescripciones tan relevantes para las religiones judeocristianas (Imagen 1).

Sé muy bien, como sabéis vosotros, que en la Biblia hay de todo, y que los textos sagrados, como casi cualquier texto,

<sup>\*</sup> Agradezco los comentarios de Isabel Gómez Acebo, siempre desde una discrepancia consolidada tras muchos años de amistad.



Los Diez Mandamientos o las tablas de la Ley

pueden expurgarse para que digan cualquier cosa, y en este caso cualquier cosa antiliberal. Lo interesante de lo que hoy me ocupa es que ese esfuerzo de entresacadura debe ser realmente ímprobo para convertir al Decálogo en un manifiesto comunista o socialista. En cambio, su liberalismo es realmente imponente, como intentaré demostrar.

Lo primero es lo primero, y no es por tanto nada casual que los tres primeros mandamientos se refieran a Dios: el primero, a nuestra obligación de amarlo, y el segundo y el tercero, a nuestra obligación de respetarlos a Él y a su Iglesia.

(Hablando de Dios, permitidme una interrupción para que recuerde a mi amigo Rafael Termes, católico, liberal, sabio y académico, como Juan y Dalmacio. Yo siempre le pedía que rezara por mi salvación en el cielo, y él aceptaba, pero siempre que pusiera algo de mi parte; yo le respondía que entonces no valía, porque yo soy liberal... ipero quería un enchufe! También bromeaba con Rafael diciéndole que mi pedido de

recomendación celestial era inútil, porque él no podía ir al cielo porque era un banquero, y cualquiera sabe que los banqueros no van al cielo. Él sonreía y respondía: «Carlos, olvidas lo más importante: la misericordia de Dios es infinita...»).

Sigamos. El hecho de situar a Dios en primer lugar, por encima de todas las cosas, como ordena el primer mandamiento, es una noción liberal, aunque temo que los liberales rara vez la han apreciado. ¿Por qué es liberal? Porque si Dios está por encima de todas las cosas, también está por encima del poder político.

#### **IMAGEN 2**



Teoría de las dos espadas

Su primacía permite eludir las trampas que el socialismo nos tiende cuando pretende solaparse con los buenos sentimientos. Una vez le dijo Fidel Castro a la Madre Teresa: «Es usted un producto finísimo del marxismo leninismo porque le ha dado todo a los pobres». Y ella le contestó: «A los pobres, no. iPor amor a Dios!».

La santa de Calcuta podría haber señalado una mentira fundamental del socialismo, a saber, el bulo de que el socialismo equivale al abnegado cuidado de los menos favorecidos. Nunca es así. Es al revés: la única forma de probar que el socialismo se ocupa de los pobres es por su inveterada propensión a multiplicarlos. La Madre Teresa podría haber señalado el horror antiobrero que representa el socialismo en la práctica, pero optó por un salto genial, que marca la gran diferencia entre lo religioso y cualquier otra conducta que podamos juzgar como socialmente beneficiosa, y por supuesto la gran diferencia entre el cristianismo y el socialismo: la primacía que los creyentes conceden siempre a Dios, lo que es radicalmente contrario a cualquiera de las variantes del socialismo, desde las más carnívoras hasta las más vegetarianas.

La religión, por tanto, no se limita a impulsar ONGs, aunque lo haga, ni a socorrer a los necesitados, lo que hace desde hace siglos mejor que nadie en el mundo. La religión promueve esas actitudes por amor a Dios, que se identifica con los pobres y los débiles, como apunta Jesús y nos cuenta Mateo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis... En verdad, os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo».

La primacía de Dios que ordenan los primeros Mandamientos se traduce en la relevancia de su Iglesia, y esto chocó con el dogmatismo de numerosos liberales, que no entendieron, y muchos siguen sin entenderlo, que la Iglesia, con sus errores y sus horrores, es una institución que debemos defender los liberales, creyentes o no, porque cumple un papel muy importante en la defensa de la libertad, en tanto que entidad socialmente relevante que se interpone entre el poder y las personas.

#### Imagen 3



Acogerse a lo sagrado

Por eso es tan reveladora la historia de los Estados, y cómo estos lucharon con ahínco para librarse de la Iglesia.

#### Imagen 4



La Vendée

Muchos liberales celebraron y celebran el Estado laico, sin percibir que cuando no era laico era mucho más pequeño y menos oneroso e intrusivo. No puede ser casualidad que haber apartado a Dios de la vida de los Estados haya desatado el espectacular crecimiento que han registrado en el último siglo.

El Estado no solo procuró acabar con el poder de la Iglesia, sino que intentó, y logró, usurpar su papel institucional. En esa confrontación, los liberales decimonónicos cometieron el gravísimo error de respaldar al Estado. Apoyaron las desamortizaciones, creyendo que promovían el liberalismo y la economía de mercado. En una clamorosa ingenuidad, fantasearon con que el Estado, si se apropiaba de los bienes de los religiosos, iba a quedarse satisfecho, y después no iba a apropiarse de los bienes de los demás.

#### **IMAGEN 5**



Las desamortizaciones

Otro tanto sucedió con la educación, porque fue muy aplaudida la incursión que el Estado hizo contra la Iglesia, arrebatándole la enseñanza... y apropiándosela, hasta hoy. Como si hubiera sido una conquista social. Y así, con todas las instituciones, recordemos, con todo lo que media entre el poder y el individuo, dejando a este cada vez más desguarnecido, e intoxicado con el reiterado mensaje de que todo este proceso de arrinconamiento de la religión (y de la moral, nótese) era un proceso bienvenido de acumulación de derechos y libertades, cuando fue exactamente lo contrario.

Un par de ejemplos más, y ya volvemos a los Mandamientos. Veamos el matrimonio. Como en tantas otras cosas, tendemos a tomar lo contingente por lo necesario. La invasión del Estado sobre el matrimonio ha sido tan profunda y tan generalizada que automáticamente pensamos que es algo natural, y que siempre fue así. En realidad, nunca fue así. El matrimonio es un contrato, antiquísimo, milenario. Recordemos dónde hace Nuestro Señor Jesucristo su primer milagro: en una boda (por cierto, me encanta ese milagro por lo políticamente incorrecto que resulta: imaginaros, convertir el agua en vino, y no en ginger-ale; si Jesús lo hubiese hecho hoy, lo habrían crucificado antes...) (Imagen 6).

Es decir, durante miles de años no hubo ninguna interferencia del Estado en el matrimonio: esto empezó solo en el siglo XIX. Por cierto, el proceso de usurpación política no siempre fue apacible: mi Argentina natal y el Vaticano rompieron relaciones diplomáticas en 1884 por la ley de educación laica y el matrimonio civil, durante la primera presidencia del general Roca.

El reciente libro de Santiago Muñoz Machado, *Hablamos la misma lengua*, cuenta una cosa interesante sobre la Iglesia y



Las bodas de Caná

el Estado. Durante dos siglos, España no impuso su idioma a los indígenas americanos. La Iglesia estaba a cargo de la educación, y los curas tenían instrucciones precisas de no forzar a los indios a aprender el español. Era al revés: la obligación de los curas era aprender el idioma de los aborígenes: por eso los primeros especialistas en las lenguas originales americanas fueron religiosos. De lo que se trataba no era de forzarlos a aprender un idioma, sino de salvar sus almas, y para eso era mejor aprender cómo hablaban ellos.

¿Cuándo los americanos fueron obligados por el poder a aprender el idioma español? Me diréis que lo habrían aprendido de cualquier forma, por su propio interés. Y es cierto, sabemos, por la conducta de los inmigrantes, que eso es algo que hace la gente. Pero la obligación se produjo no por culpa de la imposición eclesiástica, sino cuando el Estado se sobrepuso a la Iglesia, con la llegada de los Borbones. Un símbolo fue la expulsión de los jesuitas, lo que es típico de la evolución

del Estado: su norma es que el poder siempre crece y nunca se comparte, con lo cual el destino de cualquier rival es ser expulsado... o absorbido.

#### IMAGEN 7



La expulsión de los jesuitas

Por tanto, la importancia liberal de Dios es que nos trasciende, está por encima de nosotros, de todos nosotros, ergo, también del Estado. Esto media o relativiza el poder político y ampara a los ciudadanos. Terminemos estas reflexiones sobre la relevancia liberal de Dios con un viejo ídolo sacrílego: el becerro de oro. Al revés de lo que parece, lo del becerro de oro es liberal. Veamos la Imagen 8.

El Tesoro verdadero está en el cielo, y no se puede servir a Dios y al dinero, dice el Evangelio de Mateo, y es verdad: solo a Dios hay que servir. Entonces, lo malo del becerro de oro no es que fuera de oro, sino que era adorado. Esto es lo que provoca la terrible ira de Moisés, que cuenta el libro del Éxodo, una ira espantosa ante la idolatría, porque se trata



El becerro de oro

de una clara violación de los dos primeros mandamientos (Imagen 9).

O sea que el oro, igual que todo lo que no sea Dios, no puede ser adorado. Pero no puede ser adorado *por nadie*. Y si es nuestro, el poder no ha de idolatrarlo de tal manera de quitárnoslo. Estaría robando, violando un mandamiento. Y hablando de mandamientos... vamos ahora a los otros siete.

Después de los mandamientos referidos directamente a Dios y la Iglesia, llega el cuarto, con la primera referencia a la sociedad civil. Es notable que el primero de los mandamientos, digamos, «sociales», sea sobre la familia. Las instituciones, siempre las instituciones, otra vez, lo que media entre el poder y los súbditos. Leemos en el libro del Éxodo: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra



La ira de Moisés

que Yahvé, tu Dios, te va a dar». Esta idea de la prolongación es típica de las instituciones que son *time-honoured*, como dicen en inglés: honradas por el tiempo (Imagen 10).

Así como no es nada casual que los enemigos de la libertad sean enemigos de las religiones judeocristianas, tampoco



Honrarás a tu padre y a tu madre

lo es que sean enemigos de las instituciones, que todo lo quieran cambiar, que no les importe el tiempo que honra a las tradiciones y las costumbres. (Mariano Rajoy fue a ver a Rodríguez Zapatero cuando se debatía el llamado matrimonio homosexual, y le dijo que sí a todo, pero le rogó que no le llamara matrimonio. Zapatero no lo aceptó: para él era crucial el nombre, no quería un contrato que resolviera las dificultades legales de las parejas homosexuales; lo que quería, precisamente, era cambiar la institución, una institución, como vimos, que tenía miles de años, y por eso era fundamental cambiarla, como testimonio de que nada puede enfrentarse al poder político y legislativo, absolutamente nada ha de oponerse a la voluntad política capaz de vulnerar todas las instituciones a placer) (Imagen 11).

Y hablando de instituciones, los siguientes mandamientos se refieren todos ellos a la propiedad privada y su consecuencia, los contratos.

#### Imagen 11



Zapatero y Rajoy

La primera propiedad es la de nuestro cuerpo y nuestra mente, y a salvaguardarlos apuntan los mandamientos quinto, sexto y noveno.

Y dos mandamientos —dos de diez— se refieren directamente a la propiedad de las cosas: el séptimo y el décimo. Mirad cómo es de detallado el décimo en la Biblia. Leemos en el libro del Éxodo: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo». En el libro del Deuteronomio se añade «ni su tierra».

Y uno se refiere específicamente a la clave de los contratos: la palabra. Es el octavo mandamiento.

Sostengo que los Diez Mandamientos son una síntesis liberal. Pero Jesús hace, a su vez, una síntesis de los diez, como nos recuerda el catecismo católico, citando, otra vez, el Evangelio de Mateo: «Estos Diez Mandamientos se encierran

en dos; amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».

Esta síntesis, aún más apretada, sigue siendo liberal. Amar a Dios es el objetivo de los tres primeros mandamientos, y al prójimo el de los otros siete. Amar al prójimo mucho, tanto como nos amamos a nosotros mismos, que es mucho, es necesariamente liberal, porque reclama el respeto al otro, a la sociedad, a la gente, a su vida, su dignidad y propiedad, a los contratos que firmamos con ella; al mercado, en suma.

Por eso, el primer socialista fue Caín, porque fue el primero que quiso arrebatarle al prójimo lo que era suyo; en el caso de Abel, su vida y el amor de Dios, dos cosas que tenía Abel y Caín no. El impulso maligno de Caín nos muestra tanto la antigüedad del socialismo como su perdurabilidad, porque va a durar tanto como dure el principal motor cainita: la envidia.

#### **IMAGEN 12**



Caín y Abel

En cambio, el liberalismo está marcado por la defensa de la propiedad que se repite en los Diez Mandamientos. Fijaros cómo es esa defensa: siempre se trata de defender y proteger la propiedad *ajena*, la del prójimo. Eso es el liberalismo, que no puede existir si solo defendemos la nuestra y no la de los demás.

Ya he comentado los errores de los liberales. Ahora me gustaría terminar combinando esos errores con los errores de los antiliberales, también a propósito del liberalismo y la religión. Sospecho que ambos brotan de la misma raíz, que es la soberbia racionalista de la Ilustración continental. Recordaréis que Hayek distingue a la Ilustración británica, especial pero no exclusivamente escocesa, de la francesa y continental, porque esta última tuvo menos reparos a la hora de cambiar la sociedad de arriba abajo siguiendo solo los dictados de la razón.

#### **IMAGEN 13**



La Ilustración

Thomas Sowell, en su libro *A conflict of visions*, contrasta el liberalismo de Smith y el de Godwin –por poner a un irlandés y a un español, podríamos contrastar a Burke con nuestro Flórez Estrada–.

Todos ellos son liberales, pero la diferencia estriba en que Smith y Burke tienen una visión restringida; recelan de los cambios abruptos, desconfían de las capacidades de la inteligencia humana, y aprecian el papel de las instituciones a la hora de proteger la libertad de las personas.

En cambio, el liberalismo de Godwin o de Flórez Estrada está dispuesto a saltar por encima de las instituciones, como la propiedad privada, y por eso entronca con los peligros del socialismo, que gira en torno a que el ser humano y las instituciones son siempre alterables racionalmente para alcanzar objetivos plausibles. Pensemos en el «hombre nuevo», el ideal que compartieron, no por casualidad, los comunistas con los nazis.

Imagen 14



Comunistas y nazis

No es casual que todas las variantes del antiliberalismo broten de la arrogancia racionalista, y todas ataquen a las religiones judeocristianas: todas piensan que la sociedad puede y debe ser cambiada sin límites, y que las instituciones, costumbres y tradiciones que se opongan a sus ideales transformadores deben ser aniquiladas en tanto que «prescindibles vestigios del pasado», dice Sowell.

#### **IMAGEN 15**



Thomas Sowell

De ahí el contraste entre las revoluciones americana y francesa, esta última saludada siempre por los socialistas, grandes admiradores de Robespierre —incluso después de compuesta *La Internacional*, las reuniones de los comunistas europeos se clausuraban al son de... La Marsellesa—.

Los liberales tendemos hoy a apreciar más la revolución americana, y a la idea de los frenos y contrapesos que limitaban el poder —porque las personas tenemos derechos derivados, nótese, de Dios—, mientras que los revolucionarios franceses concentraron un poder considerable en los representantes de la «voluntad general» rousseauniana. Los costes son reconocidos, pero desdeñados frente a la magnífica oportunidad de un mundo nuevo.

Ese liberalismo racionalista, que no atiende a restricciones institucionales, y que en su arrogancia cree que todo se puede hacer desde la razón, es un liberalismo antirreligioso, como el socialismo, con el que comparte su optimismo reformista o incluso revolucionario. Contra ese liberalismo se alzó el padre Sardá en su clásica asociación entre liberalismo y pecado.

IMAGEN 16



Sardá i Salvany

Os resumo mis palabras recurriendo a una de mis profesiones, la de periodista. Hace pocos días apareció una foto en

la portada de *El País*, un buen ejemplo del pensamiento único, de esta equivocada actitud hiperracionalista que pretende hacer tabla rasa con la religión y las instituciones en nombre del progreso, la libertad y el derecho, y que en realidad se concreta en trabas en los tres ámbitos.

La foto de la portada de *El País* era de un cementerio español, concretamente el de Polloe en San Sebastián, y se veían sus calles llenas de personas que las recorrían buscando las tumbas de sus seres queridos para honrarlos en el Día de los Fieles Difuntos. El pie de foto venía encabezado por este texto: «Una tradición que resiste».

Es notable porque refleja el lamento de los llamados progresistas, que no entienden cómo perduran las tradiciones y la religión. Son herencias indeseables del pasado que, asombrosamente, van y resisten. Pues bien, hagámosles caso, resistamos. Recordemos los errores de los liberales y los antiliberales para no cometerlos. Y perseveremos. Como decía nuestro amigo Lucas Beltrán: «Moriré católico penitente y liberal impenitente».

Muchas gracias.

Para más información, véase nuestra página web www.unioneditorial.es